

PROBLEMA SOCIAL Y KRAUSISMO EN «MARIANELA»

Geraldine M. Scanlon
King's College London

Marianela siempre ha sido considerada como una novela aparte en la producción galdosiana por su tono de lirismo sentimental, pese a lo cual, está tan enraizada como sus otras novelas de esta época en los problemas candentes de la realidad social¹. Entre éstos, el problema social, cuestión debatida por estas fechas en el Ateneo de Madrid, constituye un tema central de la novela². Galdós, sin embargo no intenta en *Marianela* abarcar todos los aspectos de esta cuestión, si se la define como el problema de las condiciones generales de vida y trabajo de las clases bajas, sino que adopta un enfoque que está determinado por el contexto histórico, por su propia perspectiva de burgués liberal y por las convenciones literarias dentro de las cuales escribe. Mi propósito es intentar esclarecer algunos de estos factores con la esperanza de contribuir a una mayor aclaración de las ideas de Galdós y a la comprensión de la novela.

Galdós escoge como víctima social representativa a la Nela: «como la Nela, nos dice Teodoro, hay muchos miles de seres en el mundo... se pierden en los desiertos sociales..., en lo más oscuro de las poblaciones, en lo más solitario de los campos, en las minas, en los talleres» (XXI, 769)³. Enfocar el tema social sobre la Nela en lugar de sobre Felipe Centeno podría parecernos extraño, sobre todo cuando sabemos que, según el mismo autor, la idea de la novela le surgió después de haber observado la vida de los mineros de Reocín, cerca de Torrelavega. Galdós, sin embargo, no nos ofrece ningún estudio a fondo de la vida de los mineros y se limita a utilizar las minas como fondo, centrando la acción en dos personajes —Nela y Pablo— cuyos destinos sociales parecen tener poca relación con el escenario minero en el cual se desarrollan⁴.

Este enfoque está determinado en parte por las tradiciones literarias dentro de las cuales escribía Galdós. La Nela, huérfana abandonada con cuerpo feo y

alma bella, tiene un linaje literario bien establecido, que ha sido trazado desde la Mignon del *Wilhelm Meister* de Goethe hasta la heroína de las novelas postrománticas del socialismo humanitario de escritores como Hugo y Sue y sus imitadores españoles (Alas, Revilla, Pattison, Blanco, Dendle, 1974). Felipe, por otra parte, era un tipo literario nuevo, inspirado en la realidad sin duda, pero del cual Galdós, a pesar de su visita a las minas, tenía pocos conocimientos personales mientras que la Nela hubiera podido salir de las calles de Madrid. No debería sorprendernos que Galdós enfocara el problema sobre la Nela cuando incluso en Inglaterra, país tan desarrollado industrialmente, los novelistas que querían despertar las conciencias sociales de sus lectores solían presentarles las miserias de la vida urbana y hubo pocos que se acercaron al mundo de las fábricas o las minas (Cazamian, Keating, Kovacevic).

En España, además, dado el relativo retraso de la industrialización, el problema del trabajo de los niños en fábricas y minas no tenía la misma extensión que en Inglaterra ni la situación desgraciada de estos niños había llegado a hacer un impacto notable en la sensibilidad del público. La primera ley que intentó controlar los abusos del trabajo de los niños sólo data de 1873 y no se volvió a legislar sobre el asunto hasta 1900⁵. El aspecto de la cuestión social puesto de relieve en *Marianela* —la situación de los niños abandonados y privados de educación—, por otra parte, sí había provocado bastante inquietud en estos años, sobre todo después de publicación en 1876 de la estadística de instrucción primaria para el lustro 1865-1870. El cuadro desolador presentado por esta estadística dio lugar a numerosos artículos en periódicos y revistas que llamaron la atención del público a la necesidad urgente de fomentar la educación popular. Hubo también unas iniciativas prácticas. La Sociedad Económica Matritense, por ejemplo, dio su apoyo en mayo de 1877 a una Sociedad titulada «Los Amigos de los Niños» cuyo objeto era «emprender una santa cruzada contra la miseria, la inmoralidad y la ignorancia que tantos estragos causan a la niñez». Era necesario, insistía el Informe de la Sociedad, poner atajo a la pérdida que para la patria representaba la alta tasa de mortalidad infantil; sólo disminuirían los males de la patria, «cuando hayamos puesto término a nuestro indiferentismo y a nuestra incuria social, procurando arrancar de las manos de los desgraciados la faltal palanca del hambre y de la ignorancia»⁶.

El tema de la niñez abandonada y falta de cariño y educación, por lo tanto, no sólo tenía antecedentes literarios sino que se conceptuaba como problema urgente en la realidad social de la época. El tema además se presta admirablemente a un enfoque que acentúa los aspectos morales de la cuestión social, de acuerdo con la perspectiva del liberalismo burgués. Galdós, como la mayoría de sus contemporáneos veía en la cuestión social un problema ético más bien que económico, que se podía resolver dentro de las estructuras de la sociedad burguesa. Descartando como imposible y absurda el remedio internacionalista de la revolución social, la sociedad burguesa del siglo XIX propuso soluciones que abarcaban un espectro político que incluía el remedio tradicional del conservadurismo católico de la caridad por parte de los ricos y la resignación por la de los pobres; la política abstencionista del liberalismo individualista; y el reformismo social de los krausistas, muchos de los cuales estaban afiliados al

liberalismo democrático del republicanismo. El análisis del problema que Galdós nos ofrece en *Marianela* coincide en muchos aspectos con el de éstos últimos, sobre todo tal como fue expuesto por Gumersindo de Azcárate con cuya obra, como ya se ha demostrado, Galdós tenía cierta familiaridad⁷.

El reformismo social expuesto por Azcárate, sistema que intentaba armonizar las distintas tendencias doctrinales de la Iglesia, el individualismo y el socialismo, partía de una previa reforma pedagógica y ética y exigía la intervención del individuo, de la sociedad y también del Estado (Díaz, 1970 y 1973). Las dos soluciones fundamentales son la caridad y la educación, soluciones que Galdós explora a fondo en *Marianela*. El tema de la caridad ha sido ya muy estudiado (Bly, Krebs, Méndez Faith), por lo cual me limitaré a indicar unas cuantas semejanzas que hay entre el punto de vista de Galdós y el de Azcárate. Galdós guarda su crítica más severa para la caridad que se precia de sí misma y la que sólo atiende a las necesidades materiales. Los personajes más claramente satirizados en este sentido son la Señana, Sofía y Don Manuel Penáguilas. Azcárate (1881, pp. 83-84) también insiste en que es un error ver en el problema social solamente el aspecto económico y afirma la importancia del «consejo, la instrucción, el consuelo, el interés, la simpatía, el amor». Aboga por una vuelta al concepto paulino de la caridad como amor, concepto defendido por Galdós no sólo en *Marianela* sino también en sus novelas posteriores, especialmente en *Misericordia*. La primera condición para la reforma social afirma Azcárate (1876a, p. 141) es «la restauración del decálogo en las conciencias, y en la vida el cumplimiento de los deberes en todos, principalmente en las clases directoras». El reformismo social krausista no puso en tela de juicio el concepto de propiedad privada sino intentaba idealistamente armonizarla con el bien común (Díaz, 1970, p. 240). Se concebía así que la riqueza tuviese una función social (Legaz Lecambra, p. 63); el hombre no debía nunca, decía Azcárate (1876b, p. 119) «encerrar sus miradas y cuidados en la esfera de su familia; antes bien (debía) tener presente los deberes que le imponen la amistad, la patria, la humanidad, etc.». En *Marianela* se les critica implícita o explícitamente a Sofía y a los hermanos Penáguilas por no haber cumplido adecuadamente estos deberes (Casares, Krebs, Bly) y la novela en general va dirigida a recordar a todos sus responsabilidades para con los menos afortunados.

Ni Azcárate ni Galdós, sin embargo, veían en la solución religiosa de la caridad una respuesta suficiente al problema social. Tal solución supondría un concepto estático de la sociedad que aceptara la injusticia social como mal necesario, susceptible de algún alivio, pero ante la cual, al fin y al cabo sólo cabe la resignación. Esta posición pesimista es la que adopta Sofía en su discusión con Teodoro en el capítulo IX al afirmar que no se puede hacer nada por la Nela salvo darla de comer y vestir y que además tantos son los pobres que la sociedad no puede amparar a todos. Este tipo de argumento fue condenado por Azcárate (1877, p. 145) por cómodo y egoísta, «que no echa de ver que no se trata de que desaparezcan los pobres y sí de que no sean tantos en número y no tan grande la pobreza». La Señana, aunque por razones totalmente egoístas, también afirma que «los pobres siempre habían de ser pobres, y como pobres portarse» (IV, 716). Frente a este concepto estático según el cual el

deber de cada individuo es portarse de acuerdo con la posición que le haya sido asignada por Dios, se opone el concepto dinámico, base del liberalismo político, de que cada uno debería ocupar la posición que merece por su inteligencia y esfuerzos. Requisito para el cumplimiento de este ideal meritocrático era el acceso a la educación, derecho de fundamental importancia dentro del ideario krausista y también en el pensamiento de Galdós⁸.

El liberalismo decimonónico heredó de la Ilustración la convicción de que la educación era requisito indispensable para el progreso y la estabilidad social: la revolución social, el crimen, la superstición, el fanatismo eran los complementos naturales de la ignorancia, idea ésta defendida en *Marianela* por Teodoro Golfín al comentar el suicidio de la madre de la Nela (IX, 733). La educación, sin embargo, se concebía no sólo como necesidad social sino como derecho individual que la familia, la sociedad y el Estado tenían el deber de satisfacer para que cada individuo adquiriese un sentido de dignidad humana y desarrollase sus talentos hasta donde fuera posible. En 1870 parece que Galdós creía con cierto optimismo que había llegado a ser una realidad el ideal de una sociedad donde la riqueza, la influencia política y el prestigio social eran el premio legítimo del talento y la laboriosidad. Enumerando los beneficios que había traído el siglo XIX, afirma: «él nos ha traído la participación de todos en la vida pública, ha reconstituido el ser humano con la noción de la dignidad, del mérito personal, y (...) ha traído la justicia de la gloria (...) nos da a todos la seguridad de que si valemos hemos de ser apreciados (...) nos abre el camino y nos paga con la estimación general, si la merecemos» («Observaciones sobre la novela contemporánea en España», p. 243). Cuando llegó a escribir *Marianela* este optimismo había dado paso a una acusación apasionada a una sociedad que se preciaba de liberal pero que no había cumplido con la promesa del liberalismo de facilitar a cada uno el camino para desarrollar sus capacidades naturales. El valor representativo de la Nela como víctima social descansa precisamente en el hecho de que la sociedad le ha cerrado este camino y se da mucha más importancia a sus privaciones intelectuales y emocionales que a las materiales. La Nela, nos cuenta Teodoro Golfín, es un caso de los más comunes: «un ejemplo del estado a que vienen los seres socialmente organizados para el bien, para el saber, para la virtud, y que por el abandono y apartamiento no pueden desarrollar las fuerzas del alma» (XXI, 769). También dan testimonio de este potencial no desarrollado el narrador (IV, 716), Pablo (VI, 722), Carlos (IX, 733) y don Francisco (XVII, 754). Las consecuencias de esta privación son terribles: la Nela, aunque dotada de buenas cualidades, es ignorante, supersticiosa, no tiene respeto para sí misma ni defensas para soportar la tragedia que se le cae encima.

De esta situación queda acusada la sociedad en general, denunciada por Teodoro, portavoz del autor, por no haberle dado a la Nela ni la educación elemental ni la instrucción religiosa, dejando perder así «un ser preciosísimo» (XIX, 762). Teodoro aspira a remediar la situación trayéndole a la Nela la luz espiritual como le ha traído a Pablo la luz física, corrigiendo su excesiva adoración de la hermosura y convenciéndola de que «hay una porción de dones más estimables que el de la hermosura, dones del alma que no son ajados por el

tiempo, ni están sujetos al capricho de los ojos» (XIX, 761). Le promete «tú (...) aprenderás a poner tu fealdad a los pies de la hermosura, a contemplar con serenidad y alegría los triunfos ajenos, a cargar de cadenas ese gran corazón tuyo para que jamás vuelva a sentir envidia ni despecho, para que ame a todos por igual, poniendo por cima de todos a los que te han hecho daño. Entonces serás lo que debes ser, por tu natural condición y por las cualidades que desde el nacer posees» (XIX, 762). No creo que el objeto de este discurso, que a un lector moderno puede parecerle absurdo e inapropiado (Bly, Krebs) sea tanto caracterizarle a Teodoro como pedante insufrible como subrayar la lección moral. El hecho de que el narrador llama la atención del lector a la poca oportunidad del discurso mientras que a la vez aprueba los sentimientos expresados, sugiere en efecto que Galdós reconocía que su intención didáctica perjudicaba la plausibilidad de la escena⁹.

La solución que propone Golfín no vale a la Nela porque ha llegado demasiado tarde para ella: su carácter y creencias ya están formadas y se ha enamorado de un hombre con el cual no podrá nunca casarse. El hecho mismo de que la solución ha llegado demasiado tarde es, en efecto, la esencia del mensaje social de la novela: cuando la sociedad falta a su responsabilidad el resultado es una pérdida trágica de potencial humano. Para la Nela la única solución, como al final se da cuenta Teodoro, es la muerte puesto que lo que ella desea —el amor de Pablo— es imposible, y no solamente porque Pablo se haya enamorado de su hermosa prima. La hechura romántica de la novela —la heroína con cuerpo feo y alma bella cuyos amores idílicos con el ciego Pablo se destruyen cuando éste recobre la vista— tiende a hacernos olvidar que en la realidad tales amores no tenían porvenir alguno. Aun si la Nela hubiera sido muy bella, un matrimonio entre la hija indigente, analfabeta, ilegítima de una mujer alcohólica que trabajó en las minas y el único hijo, aunque fuera ciego, de un propietario rico hubiera sido casi inconcebible. El casamiento natural es entre Florentina y Pablo, primos de la misma clase social cuyo matrimonio va a consolidar la fortuna que recientemente han heredado sus padres. Estas ventajas económicas las comenta Don Manuel en su carta a don Francisco, sin embargo, la sentimentalidad dickensiana de la escena en que éste describe a sus amigos el esperado porvenir de felicidad doméstica que promete este casamiento, nos impide suponer que Galdós tenía la intención de hacer un contraste desfavorable entre el amor romántico y el matrimonio burgués¹⁰. En el último análisis la Nela es una víctima de una sociedad de clases, hecho oscurecido por el peso del simbolismo filosófico de la novela y por su enfoque romántico. Una solución auténtica a su problema exigiría medidas más radicales que las propuestas por Golfín y que no tendrían cabida tan fácil dentro de las estructuras de la sociedad de la época.

A pesar de la sensación de pérdida irreparable provocada por la muerte de la Nela, la novela no es en esencia pesimista sino optimista. Para la Nela es demasiado tarde pero para otros todavía hay esperanza: «para ti es tiempo, para mí es tarde» (XVIII, 756), le dice Nela a Felipe Centeno al negarse a acompañarle en su huida a Madrid en busca de una educación y un porvenir. Es con esta fuga, no con la muerte de Nela, con la que termina la novela: «al

fin le vemos, allí está, pequeño, mezquino, atomístico. Pero tiene alientos y *logrará ser grande*» (XXII, 775). Felipe llega así a representar una esperanza para el porvenir y como tal sirve de contrapeso importante a la Nela (López Muñoz, p. 250).

Al tratar el caso de Felipe, Galdós subraya otra vez los aspectos morales de su situación dando menos énfasis a las condiciones inhumanas del trabajo en las minas las cuales describe en un breve comentario de Felipe sobre la naturaleza deshumanizadora de su trabajo (IV, 714), y en el capítulo V, «Trabajo, Paisaje, Figura», donde, por otra parte, el foco de atención es la maquinaria más bien que los trabajadores. Galdós no trata el tema del conflicto de intereses entre el trabajo y el capital, ni introduce ningún «capitán de la industria», tal como Josiah Bounderby de *Hard Times* de Dickens o Thornton de *North and South* de Mrs. Gaskell; es decir, hombres que personificaban el ideal agresivo de la búsqueda del poder y del dinero que era la fuerza motriz de la revolución industrial. El único representante de la industria que se nos presenta es el ingeniero Carlos Golfín, hombre calificado de «muy pacífico, estudioso, esclavo de su deber, apasionado de la minerología» (IX, 730)¹¹.

Galdós le presenta a Felipe, no como víctima de un sistema capitalista que permite e incluso fomenta el trabajo de los niños, sino como víctima de la avaricia de sus propios padres. A la Señana le parece que entra por las puertas «el mismo Jesús sacramentado» (IV, 715) cuando sus hijos traen sus jornales y sopesa las monedas «con embriagador deleite» (XII, 740). Les ofrece «muy pocas comodidades a sus hijos en cambio de la hacienda que con las manos de ellos iba formando» (IV, 715). No entiende las aspiraciones de Felipe y es totalmente hostil a la idea de gastar dinero en «pasto intelectual». Los padres se nos presentan así como los únicos responsables de la vida de atroz y degradante miseria en que vive la familia. Echar la culpa del trabajo de los niños a la avidez paternal era bastante común: Pi y Margall presentó la Ley de 1873 sobre trabajo de niños y mujeres como medida dirigida principalmente a proteger a los niños de los «abusos» de sus padres¹².

Pattison (p. 128) ya ha notado la inconsistencia que hay entre el alegato que hace Galdós en relación con el caso de la Nela de que la sociedad tiene la culpa de la degradación de los pobres y la presentación totalmente negativa de los padres Centeno, el origen de cuyos vicios Galdós no intenta explicar en términos sociales. La única mitigación de su responsabilidad viene cuando la Nela le dice a Felipe que si sus padres no quieren enseñarle es «porque ellos no tienen talento» (XII, 741). Esta ignorancia, sin embargo, está descrita en un tono uniformemente satírico y sin huella de compasión¹³. Se nos presenta a los Centeno como ejemplo representativo de lo que el narrador considera como el peor enemigo de la sociedad: «la codicia del aldeano». En una larga intervención condena duramente este «positivismo de las aldeas, que petrifica millones de seres, matando en ellos toda ambición noble y encerrándoles en el círculo de una existencia mecánica, brutal y tenebrosa» (IV, 714). De esta forma se sugiere que las condiciones sórdidas y brutales de la vida tienen su origen en las faltas morales del individuo —la codicia— y no en la organización social.

Aunque sin duda existía en la realidad tal codicia, el hecho de que Galdós ni intenta explicar su origen, ni considera la posibilidad de que hubiese otras causas, sociales o económicas para esta vida degradada, nos hace pensar que no estuviese dispuesto o que no se le ocurriese explorar otras posibilidades que pudiesen poner en entredicho las estructuras sociales de la sociedad burguesa. Como liberal, Galdós desea la reforma, no la revolución social; su ideal no es una sociedad sin clases sino una sociedad ordenada según una jerarquía de talento. Por esto se interesa no tanto por las clases bajas en conjunto como por aquellos individuos cuya inteligencia, sensibilidad o ambición noble les dan el derecho a ocupar un puesto más alto en la escala social que la que ocupa la masa común; es decir individuos como Marianela, Felipe o los hermanos Golfín¹⁴. Su poca compasión por aquellos que están desprovistos de estas cualidades se ve en la presentación de los otros hijos de la familia Centeno. Todos, menos Felipe, han aceptado con apatía su condición degradada y no muestran nunca «anhelo de otra vida mejor y más digna de seres inteligentes» (IV, 715). Mariuca y Pepina, descritas por Teodoro, como «bestias en forma humana» (XIX, 759), se distinguen sólo por su juventud y robustez física. Tanasio, «un hombre apático», cuya «falta de carácter y de ambición rayaban en el idiotismo», que ya había nacido «dispuesto a ser máquina, se convirtió poco a poco, en la herramienta más grosera». «El día en que semejante ser tuviera una idea propia —concluye el narrador— se cambiaría el orden admirable de todas las cosas, por el cual ninguna piedra puede pensar» (IV, 715). La calificación de los Centenos como «familia de piedra» indica claramente su falta total de aspiraciones espirituales, morales o intelectuales. El autor y su portavoz, Teodoro, se refieren siempre con desprecio al trabajo mecánico a que se dedican estos personajes. «¿Acaso hemos nacido para trabajar como animales?» (XIX, 759), Teodoro pregunta retóricamente a la Nela, cuando intenta persuadirla de que su inteligencia y sensibilidad la han destinado para cosas mejores que partir piedra y arrastrar tierra «como estas bestias en forma humana que se llaman Mariuca y Pepina». Antes Teodoro critica a Sofía por no haber infundido en los pobres un poco de dignidad, «dándoles las ideas de que carecen (...) haciéndoles pasar del bestial trabajo mecánico al trabajo de la inteligencia» (IX, 733). Pero aquí tenemos que preguntarnos ¿si todos hacen esa transición, quién hará el trabajo de las minas? En realidad esta pregunta se escamotea, puesto que al echar la culpa de la ignorancia de los Centenos sobre ellos mismos en lugar de a la sociedad en general como en el caso de la Nela, se sugiere que merecen el tipo de vida que llevan.

Solamente Felipe, al cual se refiere normalmente por el diminutivo cariñoso, Celipín, tiene la simpatía y compasión del autor. Moral e intelectualmente superior a sus hermanos y consciente de la brutalidad de su vida, tiene el empuje y ambición que no tienen ellos y aspira a tener una educación y una carrera. Sus modelos son los hermanos Golfín, sobre todo Teodoro al cual quiere imitar en cada detalle. Esta emulación es la que quiere despertar Teodoro cuando cuenta la historia de los dos hermanos —«dos hijos del pueblo»— para que sirva de ejemplo a «todos los pobres, todos los desamparados, todos los niños perdidos» (X, 735). Es una historia de voluntad, aplicación, iniciativa y laboriosidad, una lucha constante por escaparse de la pobreza y la ignorancia.

A fuerza de determinación y trabajo han ascendido poco a poco la escala social hasta que los encontramos en *Marianela* en posesión de un bienestar material y una posición profesional, Carlos como ingeniero de minas, Teodoro como famoso oftalmólogo. Teodoro se ve a sí mismo como especie de conquistador moderno y afirma: «yo había sido una especie de Colón, el Colón del trabajo, una especie de Hernán Cortés; yo había descubierto en mí un Nuevo Mundo, y, después de descubrirlo, lo había conquistado» (X, 736), juicio con el cual su hermano concuerda entusiásticamente: «si hay héroes en el mundo, tú eres uno de ellos».

Teodoro es, en efecto, un moderno héroe burgués y su historia merecería un lugar en el vasto cuerpo de literatura dedicada a inculcar en los lectores valores sanos, darles buenos consejos sobre cómo mejorar su posición en la vida ofreciéndoles normalmente ejemplos de individuos que se habían triunfado por sus propios esfuerzos para demostrar lo que cada uno podría hacer para sí mismo. El ejemplo más importante de esta literatura que tuvo gran popularidad desde mediados del siglo XIX, era el *Self Help* (1859) de Samuel Smiles, una versión del cual fue traducido al castellano en 1876¹⁵. El concepto de «ayúdate a tí mismo» tuvo sus propagadores en España: las conferencias dominicales para trabajadores organizadas en 1879 por La Sociedad Económica Matritense, por ejemplo, se inauguraron con un discurso pronunciado por don Valentín Morán, en el cual produjo una lista impresionante de hombres —españoles incluidos— que se habían labrado su posición en la vida para que sirviesen de inspiración al público obrero (Morán, pp. 27-31). Morán resaltó la importancia de la educación como lo había hecho Rafael María de Labra en otro discurso sobre el tema de cómo ayudarse a sí mismo, pronunciado en el Ateneo Mercantil de Madrid en octubre de 1878. Cuando se trataba del adelantamiento moral, de la mejora material de las masas, afirmaba Labra, sus verdaderos defensores les decían a estas masas: «¿queréis ser, queréis vivir, queréis pesar, queréis influir, queréis mandar?... Pues, ¡ilustraos! «La fórmula de nuestros tiempos», continuó, era «ser inteligentes para ser ricos y libres» (Labra, 1884, p. 206)¹⁶.

Galdós también concedió mucha importancia a la educación como medio para mejorar la posición social del individuo. Teodoro la considera como más esencial incluso que las comodidades materiales: cuando Carlos le pide pan, le da matemáticas (X, 735), y cuando el médico le aconseja enviar a su hermano al campo para recuperarse, le manda a la Escuela de Minas. Teodoro, aunque orgulloso de sus logros —vanidad calificada por el narrador como «la más disculpable de todas las vanidades, pues consistía en sacar a relucir sus dos títulos de gloria: su pasión por la Cirugía y la humildad de su origen» (IX, 730)— a diferencia de tantos hombres que habían labrado su propia fortuna, no está tan pagado de sí mismo como para atribuir la peor fortuna de otros a una falta de carácter. Si él está convencido de que Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos, también se da cuenta de que hay muchos que poco pueden hacer sin la ayuda de otros¹⁷.

En realidad Teodoro es una figura un tanto idealizada, y su historia tiene cierto aire de cuento de hadas. El sistema de Instrucción Pública en España a

mediados del siglo XIX, lejos de fomentar la movilidad social tendía a conservar la estructura social por medio del coste de las matrículas que subía según el nivel de instrucción, la cual solamente se daba gratuita a nivel elemental para los muy pobres. Así el acceso a la instrucción fue determinado por la posición económica y social más bien que por el talento. Es poco probable que el mezquino sueldo de Teodoro hubiese bastado para pagar la matrícula para sus propios estudios médicos y también para los estudios de su hermano en la prestigiosa Escuela de Minas. Era difícilísimo entrar en la Escuela donde se licenciaban menos de una docena de estudiantes cada año (Peset M. y Peset, J. L. pp. 451-54 y 643-44), por lo cual tampoco es muy creíble que un chico que había trabajado de recadero en una tienda de ultramarinos y luego de ayuda de barbero hubiera podido obtener una plaza en competición con los hijos de familias privilegiadas y bien conectados¹⁸. *El doctor Centeno* (1883) presenta una descripción mucho más realista de las dificultades con las que tenía que luchar un chico pobre que deseaba obtener una educación. Esta novela, lejos de darnos la historia del hombre que logra su propia posición en la sociedad que parece prometernos Galdós al final de *Marianela*, muestra la insuficiencia de la filosofía de ayúdate a ti mismo (Scanlon, p. 251). Pero incluso en *Marianela*, novela más optimista, parece claro que el novelista no consideraba la iniciativa individual como panacea para la cuestión social. El éxito de Teodoro no se debe sólo a su propia iniciativa y aplicación; como él mismo confiesa; «Dios me protegía, dándome siempre buenos amos»; así su camino se hace más fácil con la ayuda moral y material de patrones bondadosos, uno de los cuales le deja una pequeña herencia al principio de su carrera con la cual puede pagar los libros de su hermano y la ropa decente que le ayuda a atraer enfermos (X, 736). Vemos además que aunque el ejemplo de Teodoro puede servir de inspiración y modelo para algunos, para otros no sirve para nada. A la Nela le falta la iniciativa y confianza en sí misma, cualidades que le facilitan a Felipe la huida, pero esta misma debilidad le da derecho, según el narrador, «a ciertas atenciones de que pueden estar exentos los robustos, los sanos, los que tienen padres y casa propia, pero que corresponden por jurisprudencia cristiana al inválido, al pobre, al huérfano y al desheredado» (IV, 716)¹⁹.

Se le ha acusado a Galdós de haber tratado a la cuestión social de una forma superficial y sentimental (Casalduero, Hinterhauser) y no cabe duda de que el novelista pone demasiada fe en una regeneración moral y pedagógica a expensas de posibles remedios sociales y económicas (Goldman, 1975), crítica que se ha hecho también a los krausistas. Sin embargo, por limitadas que puedan parecer sus ideas, si las ponemos dentro de su contexto histórico podremos apreciar el hecho de que eran bastante avanzadas para la época. En *Marianela* Galdós con respecto a este problema ha adoptado la posición intervencionista del liberalismo radical, rechazando como insuficientes el remedio tradicional de la caridad y el abstencionismo del individualismo liberal²⁰. Galdós se muestra claramente preocupado por los posibles efectos negativos de la industrialización sobre la vida física y moral, pero como otros muchos de sus contemporáneos, quiso reconciliar el espíritu de iniciativa, invención e individualismo, base del progreso material con los valores más tradicionales de la ética cristiana²¹. El

hecho de que hubiese decidido tratar el problema social era en sí significativo puesto que había muchos que incluso *negaban su existencia*. Era necesario, comentó Azcárate (1876a, p. 137), «contentarse con *afirmar* el problema social, haciendo penetrar la verdad y la realidad de los dolores de ciertas clases en la conciencia y en el corazón de aquellos que aún se obstinaban en considerarlos como pura creación de imaginaciones calenturientas». Esto es precisamente lo que Galdós intentó hacer en *Marianela* y lo que volverá a intentar hacer en *La desheredada*, aunque ya con técnica nueva²².

NOTAS

¹ Revilla (1878a, p. 509) comenta: «Si en otras novelas sabe hacer pensar, en ésta ha conseguido hacer sentir». Pardo Bazán, p. 142, José María Pereda (en Ortega, p. 67) y Ramón Mesonero Romanos (Ortega, p. 30) también comentaron esta calidad atípica de la novela, subrayada también por la crítica moderna (Berkowitz, Casaldueiro, Montesinos). Se ha demostrado también que trata temas característicos de toda la obra galdosiana, como por ejemplo la caridad (Bly; Mendez Faith); cómo enfrentarse con la realidad (Jones); las deficiencias de la razón como método filosófico (Wellington); la necesidad de conciliar el progreso material con el progreso espiritual (Dendle, 1973).

² Ruiz Salvador, pp. 142-43. El tema de los debates era «Cuestiones que entrañan el problema social y medida en que toca su solución al individuo, a la sociedad y al estado» y se celebraron el 15, 22 y 29 de noviembre, el 6, 13 y 20 de diciembre de 1877 y el 3 de enero de 1878. Hay un reportaje en *El Boletín del Ateneo*, II (1878), pp. 65-108. *El Resumen de un debate sobre la cuestión social* de Azcárate, publicado originalmente en *La Revista de España* entre 1878-79, es en realidad menos un resumen que una crítica de las distintas doctrinas sobre la cuestión social. La importancia del tema social en *Marianela* ha sido notado por muchos críticos: Bly, Casaldueiro, Krebs, Un lunático, Revilla.

³ Las citas de *Marianela* vienen del tomo IV de la edición de las *Obras completas* citada en la bibliografía; las referencias llevan el capítulo en numeración románica, seguido de la página en numeración árabe.

⁴ Montesinos, Shoemaker (tomo II) y Pattison, entre otros, comentan la disyuntiva entre el escenario y la trama de la novela. Para las visitas de Galdós a las minas, véase Madariaga, pp. 252-53 y 258 y la entrevista de Diego Muntaner a Galdós en *El Día Gráfico* (9-4-1917) citado por Schoemaker, II, p. 94. Que a Galdós le había impresionado la degradación de los mineros se ve en sus alusiones al asunto en *Cuarenta leguas por Cantabria*, publicado originalmente en 1876 en la *Revista de España*, véase *Obras completas*, VI, pp. 1.445 y 1.450.

⁵ En Inglaterra el primer intento de legislar sobre el trabajo de los niños data de 1802. No hubo nada en España que se comparara con los famosos *Blue Books* de Inglaterra que tanto hicieron para poner de manifiesto los abusos del trabajo de los niños y que sirvieron de fuente a novelistas como Disraeli (Kovacevic, p. 96). Para detalles sobre el trabajo de los niños en España en esta época véase Sanromá e Izard.

⁶ «Informe de la Comisión de la Sociedad Económica Matritense encargada de dar dictamen respecto a la Sociedad Los Amigos de los Niños. Mayo de 1877, *Revista de la Sociedad Económica Matritense*, III (1877), pp. 392-94, cita en p. 393. Véase también Pedregal, Tartilán, Revilla (1877 y 1878b) y Guerrero. Este último intentó persuadir a las «clases ilustradas» a que apoyasen un Real Decreto del 1 de marzo de 1878 encaminado a fomentar la educación popular por medio de la donación de libros a escuelas rurales. En 1878 la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (*Memorias*, 1884, V, p. 23) organizó un concurso sobre el tema: «¿La primera enseñanza deberá ser obligatoria, deberá ser gratuita? medios más eficaces para obtener el cumplimiento de aquella obligación por las familias». Las tres memorias premiadas —de Concepción Arenal, Ricardo

Molina y Rafael Monroy y Belmonte— se publicaron luego. El tema del niño abandonado y privado de educación era uno de los preferidos por Dickens; véase Collins.

⁷ Para la relación entre el ideario religioso de Galdós y el de Azcárate véase López Morillas y Aparici Llanas pp. 140-65; véase también Beyrie y Denah Lida. El humanitarismo sentimental de la novela recuerda la propaganda de demócratas y republicanos, cuyas lecturas preferidas en los años 60 y 70 eran las novelas de Eugène Sue y sus imitadores españoles (Hennessey, p. 83). Se ha sugerido (Casalduero pp. 215-16; Wellington pp. 43-5 y p. 48 nota 13) Galdós puede haber sido influido por las ideas de Comte. Hay que recordar, sin embargo, que cuando Comte pedía que amáramos y adoráramos a la humanidad no entendía por «humanidad todo el mundo, sino los mejores tipos que podríamos encontrar para personificar a la humanidad, aquellos que habían vivido de tal forma como para dejar obras y ejemplos: una humanidad que comprendía más muertos que vivos (Aron, pp. 122-23).

⁸ «No basta (...) reparar la injusticia y remediar la miseria, sino que es preciso disipar la ignorancia, desarraigar el vicio y matar la impiedad y la superstición» insiste Azcárate (1876a, pp. 140-41). La importancia concedida a la educación dentro del ideario krausista es bien conocida; en el terreno práctico abogaban en pro de la introducción de la instrucción primaria obligatoria y gratuita y trabajaban en varias iniciativas en pro de la educación popular. Fernando de Castro, Rector de la Universidad de Madrid después de la Revolución de 1868 y hombre muy admirado por Galdós, era especialmente activo en este campo. A su iniciativa deben mucho la Asociación para la Enseñanza Popular, establecida en 1869 y la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, creada en 1870. Muchos krausistas dieron sus servicios a otras organizaciones dedicadas a la educación popular, como por ejemplo el Fomento de las Artes.

⁹ Así, por ejemplo, Nela contesta a las «palabras sensatas» de Teodoro con ojos que parecen decir «pero ¿a qué vienen todas estas sabidurías, señor pedante?» (XIX, 761). Luego el narrador comenta: «no puede afirmarse que la Nela entendiera el anterior discurso, pronunciado por Golfín con tal vehemencia y brío, que olvidó un instante la persona con quien hablaba. Pero la vagabunda sentía una fascinación singular, y las ideas de aquel hombre penetraban dulcemente en su alma, hallando fácil asiento en ella. Sin duda se efectuaba sobre la tosca muchacha el potente y fatal dominio que la inteligencia superior ejerce sobre el inferior» (XIX, 762). Hay que notar que en general hay una identidad de actitud sobre el problema social entre Teodoro y el narrador, el cual parece ser fidedigno.

¹⁰ «He visto una especie de Paraíso en la Tierra..., he visto un joven y alegre matrimonio; he visto ángeles, nietecillos alrededor de mí; he visto mi sepultura embellecida con las flores de la infancia, con las tiernas caricias que aun después de mi última hora subsistirán, acompañándome debajo de la tierra...». Termina el relato de sus esperanzas llevando a sus ojos «una mano basta y ruda, endurecida por el arado» y se limpia una lágrima mientras todos callan, «hondamente impresionados por la relación patética y sencilla del bondadoso padre» (XI, 738-39). Este sentimentalismo es lo que me hace discrepar con el juicio de Kirsner (p. 67) de que «en *Marianela* se enfoca el matrimonio de una manera brutal». Para un lector del siglo XX puede ser así pero no creo que fuese la intención de Galdós. Casares (pp. 36-8) indica cuán poco creíble es que Pablo hubiera sido tan ignorante del peso de las diferencias sociales como para prometer el matrimonio a la Nela y sugiere que el deseo de Galdós de hacer a sus principales personajes «simpáticos y nobles» le llevó a «escamotear (...) muchas verdades». La improbabilidad de tal matrimonio sirve para explicar por qué Florentina a veces parece ser tan indiferente a los sentimientos de la Nela, y por qué Teodoro tarda tanto en descubrir la causa de su aflicción.

¹¹ Las minas de Reocín, modelo para las de Socartes, fueron explotadas en estos años por la Real Compañía Asturiana (Madariaga, p. 253), hecho que no se menciona en la novela. Se nos dice que el jefe del taller de maquinaria, Ulises Bull, trajo el galgo, Lili, de Inglaterra para Sofía (IX, 731), pero no le vemos nunca en el trabajo.

¹² El periódico anarquista, *El Condenado* (18 de junio de 1873), calificó la acusación de «calumniosa y criminal», argumentando que los males del trabajo de los niños se debían a la «inicia organización social». Azcárate (1881, p. 103) comenta el problema así: «Cuando los padres de estos niños abusan de una manera visible y manifiesta del poder que la ley les confiere, explotando a sus hijos en vez de educarlos, es deber del Estado evitar que se desnaturalice y contrarie radicalmente el poder de la patria potestad, así como si lleva a tal extremo la necesidad, y no la codicia, es el deber de la sociedad el procurar que aquella no exista».

¹³ «Debe decirse, tocante a las facultades intelectuales del señor Centeno, que su cabeza, en opinión de muchos, rivalizaba en dureza con el martillo-pilón montado en los talleres»; a pesar de lo cual, «la Señana creía firmemente que con la erudición de su esposo (...) adquirida en copiosas lecturas, tenía la familia bastante para merecer el dictado de sapientísima» (IV, 715). Estas penosas lecturas están descritas con ironía cruel en los capítulos IV y XII.

¹⁴ Azcárate (1881a, p. 108) resume la posición así: «el ideal a cuya realización debe caminar es a que subsistan las diferencias esenciales y necesarias y desaparezcan las ficticias y artificiales». El liberalismo proclama la igualdad política y jurídica pero no la igualdad social, la cual, afirma Azcárate, «es imposible, como todo el mundo reconoce, pues nadie ha tenido la pretensión de hacer que desaparezcan de la vida las diferencias entre robustos y débiles, torpes y dispuestos, sabios e ignorantes, buenos y malos» (1881a, p. 106).

¹⁵ *Los hombres de energía y coraje: notas biográficas tomadas del popular libro titulado «Self Help»* (Madrid: Imp. de Aureli J. Alaria, 1876). Para este tipo de literatura en general véase Kovacevic y la introducción de Asa Briggs a la edición de *Self-Help* citada en la bibliografía.

¹⁶ Galdós pertenecía a la misma tertulia que Labra —hombre afecto al krausismo y propagandista incansable en pro de la educación popular— en el Ateneo de Madrid (Olmet y García Carrafa, p. 65).

¹⁷ Bly (p. 61) arguye que hay un paralelo entre la historia de Teodoro y la picaresca, del cual Galdós quiso que el lector sacara «The conclusion that material prosperity leads to moral ruin», intención presente también, según Bly, en las alusiones al Nuevo Mundo y las imágenes de naufragio: «Galdós seems to suggest that the followers of 19th century materialism carry with them the seeds of their own future ruin». No creo que Teodoro se nos presente como materialista moralmente arruinado ni que fuese la intención de Galdós «to put into relief the materialism of his early life and career» (p. 60). La instrucción no es ni para Teodoro ni para su hermano Carlos simplemente un medio para lograr un fin material puesto que ambos demuestran un entusiasmo desinteresado por su profesión respectiva. Además, las experiencias de Teodoro le han dado una conciencia social bastante desarrollada: hace más por ayudar a la Nela en los pocos días que está en Aldeacoba de lo que ha hecho el patriarca rural, don Francisco Penáguilas, en los 18 meses en que le ha servido a su hijo de guía. Creo con Walter Rubin (1970, p. 73) que como muchos de los médicos en la obra de Galdós, Teodoro sirve como portavoz de las ideas del autor sobre la reforma social.

¹⁸ LEÓN ROCH, *La familia de León Roch*, también estudia en la Escuela de Minas pero su familia es bastante próspera, como lo es también la de Pepe Rey (*Doña Perfecta*), otro ingeniero.

¹⁹ El propietario rico de *Minuta de un testamento* encarga a su hijo en términos que nos recuerdan estas palabras del narrador que no se contente nunca con dar a aquellos con quienes trabaja lo que les es debido por «justicia legal» (Azcárate, 1876b, p. 148).

²⁰ Parece ser que en *Marianela* la posición de Galdós con relación a este problema se había radicalizado un tanto desde los principios de la década; Matus (p. 149) nota una evolución del liberalismo al socialismo sentimental desde *Doña Perfecta*. Goldman (1969, 1971, 1975) y Fuentes ambos de los cuales impugnan la aseveración de Regalado García de que a Galdós le faltaba sensibilidad para el problema social, ofrecen estudios generales de las actitudes de Galdós.

²¹ Ha habido diferencias de opinión sobre esta cuestión: para unos (*Casalduero*, *Pattison*, *Beyrie*) la perspectiva de Galdós en *Marianela* es esencialmente positiva, llena de admiración por las realizaciones tecnológicas del hombre y sus consecuencias materiales con, a lo máximo, una lamentación nostálgica para un mundo pastoral que desaparece. Bly, sin embargo, interpreta la novela como crítica acerba del proceso de industrialización. Eoff, Jones y Dendle (1973 y 1974) argumentan que el objetivo de Galdós era reconciliar el progreso material con el espiritual.

²² Cuadro muy alabado por Alas (1912, pp. 100-103), que ya se había quejado en 1877 («Las masas», *El Solfeo*, 25-XI-1877, en Lissorgues, pp. 185-89) de que en España no hubiese ningún estudio serio de la clase baja como el *Sybil* de Disraeli.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAS, L. (1912): *Galdós* (Madrid: Renacimiento).
- APARICI LLANAS, M. P. (1982): *Las novelas de tesis de Benito Pérez Galdós* (Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas).
- ARON, R. (1968): *Main Currents in Sociological Thought*, I, traducción de Richard Howard and Helen Weaver (New York: Doubleday).
- AZCÁRATE, G. de (1876a): «Estudio sobre el problema social», en *Estudios económicos y sociales*, 2.ª ed. (Madrid: Librería Victoriano Suárez), pp. 113-158.
- (1876b): *Minuta de un testamento*, publicada y anotada por W... (Madrid: Librería Victoriano Suárez).
- (1877): *Estudios filosóficos y políticos* (Madrid: Librería Alejandro San Martín).
- (1881): *Resumen de un debate sobre el problema social* (Madrid).
- BLY, P. A. (1972): «Egotism and Charity in *Marianela*», *Anales Galdosianos*, VII, pp. 49-66.
- BERKOWITZ, H. Ch. (1948): *Benito Pérez Galdós: Spanish Liberal Crusader* (Madison: University of Wisconsin Press).
- BEYRIE, J. (1980): *Galdós et son mythe*, 3 tomos (Lille: Atelier reproduction des thèses, Université de Lille). Para *Marianela* véase tomo II, pp. 283-299.
- BLANCO, L. S. (1965): «Origin and History of the Plot of *Marianela*», *Hispania* (U.S.A.), XLVIII, pp. 463-67.
- CASALDUERO, J. (1970): *Vida y obra de Benito Pérez Galdós (1843-1920)*, 3.ª edición (Madrid: Gredos).
- CASARES, J. (1944): «Desde la novela al teatro: *Marianela* de Pérez Galdós», en *Obras Completas*, 2.ª edición (Madrid: Espasa Calpe), vol. II, pp. 31-44.
- CAZAMIAN, L. (1973): *The Social Novel in England, 1830-1850*, traducción de Martín Fido (London: Routledge and Kegan Paul).
- COLLINS, P. (1963): *Dickens and Education* (London: Macmillan).
- DENDLE BRIAN, J. (1973): «Shipwreck and Discovery: a Study of Imagery in *Marianela*», *Neuphilologische Mitteilungen*, LXXIV, pp. 326-32.
- (1974): «Galdós, Ayguals de Izco, and the Hellenic Inspiration of *Marianela*», en *Galdós Studies*, editado por Robert J. Weber (London: Tamesis), pp. 1-11.
- DÍAZ, E. (1970): «Reformismo social krausista: Gumersindo de Azcárate», en *La revolución de 1868: historia, pensamiento, literatura*, editado por Clara Lida e Iris Zavala (Nueva York: Las Américas), pp. 239-253.
- (1973): *La filosofía social del krausismo español* (Madrid: Cuadernos para el Diálogo).
- EOFF SHERMAN, H. (1954): *The Novels of Pérez Galdós: The Concept of Life as Dynamic Process* (Saint Louis: Washington University Studies).
- FUENTES, V. (1972): «El desarrollo de la problemática político-social en la novelística de Galdós», *Papeles de Son Armadans*, n.º 192, pp. 229-40.
- GOLDMAN PETER, B. (1969): «Galdós and the Politics of Conciliation», *Anales Galdosianos*, IV, pp. 73-87.
- (1971): «Historical Perspective and Political Bias: Comments on Recent Galdós Criticism», *Anales Galdosianos*, VI, pp. 113-24.
- (1975): «Galdós and the Nineteenth Century Novel: The Need for an Interdisciplinary Approach», *Anales Galdosianos*, X, pp. 5-18.
- GUERRERO, T. (1878): «Los ángeles desheredados», *La Epoca*, 2 de abril.
- HENNESSEY, C.A.M. (1962): *The Federal Republic in Spain: Pi y Margall and the Federal Republican Movement (1868-1874)* (Oxford: Clarendon Press).
- HINTERHAUSER, H. (1963): *Los «Episodios Nacionales» de Benito Pérez Galdós*, traducción de José Escobar (Madrid: Gredos).
- IZARD, M. (1973): *Industrialización y obrerismo: las Tres Clases del Vapor (1869-1913)* (Barcelona: Ariel).
- KIRSNER, R. (1983): *Veinte años de matrimonio en la novelística de Galdós* (Eastchester and New York: Eliseo Torres).
- JONES, C. A. (1961): «Galdós' *Marianela* and the Approach to Reality», *Modern Language Review*, LVI, pp. 515-19.

- KEATING, P. J. (1979): *The Working Classes in Victorian Fiction* (London: Routledge and Kegan Paul).
- KOVACEVIC, I. (1975): *Fact into Fiction: English Literature and the Industrial Scene, 1750-1850* (Leicester: University Press/ Faculty of Philology, University of Belgrade).
- KREBS, E. (1967): «*Marianela*» y «*Doña Bárbara*»: *ensayo de comparación* (Bahía Blanca: Cuadernos del Sur).
- LABRA, R. M.^a de (1884): «El esfuerzo individual: discurso pronunciado en la inauguración del curso académico del Ateneo Mercantil de Madrid, octubre de 1878», en *Discursos políticos, académicos y forenses*, la serie, Madrid.
- LEGAZ LECAMBRA, L. (1960): «El pensamiento social de Gumersindo Azcárate», en *Estudios de historia social de España*, tomo IV, vol. I (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas), pp. 11-104.
- LIDA, D. (1967): «Sobre el 'krausismo' de Galdós», *Anales Galdosianos*, II, pp. 1-27.
- LISSORGUES, Y. (1980): *Clarín político*, tomo I (Toulouse: Institut d'Etudes Hispaniques et Hispano-Américaines, Université de Toulouse-le-Mirail).
- LÓPEZ MORILLAS, J. (1968): «Galdós y el krausismo: *La familia de León Roch*», *Revista de Occidente*, IV, 2.^a época, pp. 331-57.
- LÓPEZ MUÑOZ, J. L. (1974): «Felipe Centeno, un héroe oscuro e inédito», *Papeles de Son Armadans*, LXXIII, pp.249-58.
- LUNÁTICO, Un (1878): «Pérez Galdós, *Marianela*», *El Imparcial*, 8 de abril.
- MADARIAGA, B. (1979): *Pérez Galdós: biografía santanderina*, Cronología, producción literaria y estrenos teatrales en Santander por Celia Valbuena de Madariaga (Santander: Institución cultural de Cantabria, Instituto de Literatura «José María de Pereda»).
- MATUS, E. (1970): «Sobre *Doña Perfecta* y *Marianela*», *Estudios Filológicos*, VI, pp. 135-149.
- MÉNDEZ FAITH, T. (1982): «Del sentimiento caritativo en *Marianela* y *Misericordia*», *Bulletín Hispanique*, LXXXIV, pp. 420-433.
- MONTESINOS, J. F. (1968-73): *Galdós*, 3 tomos (Madrid: Castalia). Para *Marianela* véase tomo I, pp. 235-50.
- MORÁN, V. (1879): «Discurso» en *Conferencias dominicales*, *Revista de la Sociedad Económica Matritense*, V, pp. 28-31.
- OLMET, L. A. del, y GARCÍA CARRAFFA, (1912): *Galdós* (Madrid: Imp. de «Alrededor del Mundo»).
- ORTEGA, S. (1964): *Cartas a Galdós* (Madrid: Revista de Occidente).
- PARDO BAZÁN, E. (1880): «Estudios de literatura contemporánea: Pérez Galdós», *Revista Europea*, XV, pp. 347-50, 375-79, 412-13. Para *Marianela* véase p. 412.
- PATTISON, W. T. (1954): *Benito Pérez Galdós and the Creative Process* (Minneapolis: University of Minnesota Press).
- PEDREGAL, M. (1877): «La instrucción elemental en los pueblos modernos», *Revista Europea*, IX, pp. 737-43 y 771-75.
- PÉREZ GALDÓS, B. (1968): *Obras completas*, tomo VI, 5.^a edición de Federico Carlos Sainz de Robles (Madrid: Aguilar).
- (1969): *Obras completas*, tomo IV, 7.^a edición de Federico Carlos Sainz de Robles (Madrid: Aguilar).
- (1957): «Observaciones sobre la novela contemporánea en España» en *Madrid*, editado por José Pérez Vidal (Madrid: Afrodisio Aguado: 1957) pp. 223-249.
- PESET MARIANO y PESET, J. L. (1974): *La Universidad española (siglos XVIII y XIX): despotismo ilustrado y revolución liberal* (Madrid: Taurus).
- REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS (1884): *Memorias de la...*, V (Madrid, Tip. Gutenberg).
- REGALADO GARCÍA, A. (1966): *Benito Pérez Galdós y la novela histórica española: 1868-1912* (Madrid: Insula).
- REVILLA, M. de (1877): «Revista crítica», *Revista Contemporánea*, XI, p. 373.
- (1878a): «Revista crítica», *Revista Contemporánea*, XIV, pp. 505-9.
- (1878b): «La emancipación del niño», *Revista Contemporánea*, XVI, pp. 173-92.
- RUBIN, W. (1970): «Galdós y la medicina», *Atlántida*, VIII, pp. 68-80.

- RUIZ SALVADOR, A. (1971): *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1835-1885)* (London: Tamesis).
- SANROMA, J. M. (1876): «Política del taller: el trabajo de los niños y la instrucción obligatoria», *Revista Europea*, VII, pp. 252-58, 287-95, 361-68.
- SCANLON, G. M. (1978): «*El doctor Centeno: A Study in Obsolescent Values*», *Bulletin of Hispanic Studies*, LV, pp. 245-53.
- SHOEMAKER, W. H. (1980-82): *The Novelistic Art of Galdós*, 3 tomos (Valencia: Albatros). Para *Marianela* véase tomo II, pp. 86-103.
- SMILES, S. (1958): *Self-Help*, edición de Asa Briggs (London: John Murray).
- TARTILAN, S. (1877): *Páginas para la educación popular* (Madrid: Imp. de Enrique Vicente).
- WELLINGTON, M. A. (1968): «*Marianela: nuevas dimensiones*», *Hispania* (U.S.A.), LI, pp. 38-48.